

Viaje a las Vascongadas

IRSE ahora al triángulo de las Vascongadas es algo así como aventurarse por el triángulo de las Bermudas. No sabe uno cómo va a terminar su propio pellejo. En Euzkadi —eso de las Vascongadas no lo dicen ya ni en las escuelas rurales—, está situada en estos momentos, no sólo la lucha política más dramática del país, sino también la primera línea de esa sucia guerra que nos tiene declarada el terrorismo. Aquel es un frente duro y peligroso. Esto que digo ha dejado de ser, hace ya tiempo, una opinión o diagnóstico de algunos para convertirse en un hecho aceptado y reconocido por todos. No es la crónica de un catastrófico, sino una catástrofe que se ha hecho costumbre. Lo primero que me eché a los ojos al regresar de un corto viaje por tierras hermanas fue un magnífico artículo del maestro Pedro Lain; un artículo empapado en preocupación y tal vez en alarma. Al maestro Pedro Lain se le nota, cuando escribe de ese tema, la profunda tristeza de no poder ser decididamente optimista sin caer en la ceguera o en la insensatez. Es decir, lo que sucede en el País Vasco ha dejado de ser un suceso aprovechable para la polémica partidista y se ha convertido en llamada de atención del magisterio intelectual. Del sensacionalismo periodístico y del comentario de urgencia, ha pasado al diagnóstico serio, sereno y superior de nuestros mejores intelectuales. Ya no sólo suenan las bocinas de la crónica, sino los timbres de la historia.

El presidente del Gobierno, don Adolfo Suárez, acaba de decir en Vitoria que «ser de UCD en el País Vasco es una heroicidad». Y eso es cierto. Es verdad, aunque no toda la verdad. Porque también es verdad que también resulta heroico ser policía nacional, o guardia civil, o juez, o fiscal, o funcionario del Estado, o algunas cosas más. O sea, ha llegado un momento en que en el País Vasco es una heroicidad ser español. Casi la mejor manera de librarse del peligro allí es la de ser terrorista, o apologeta del terrorismo, o amigo y simpatizante de quienes lo imponen. Cada uno puede buscar las raíces de esta situación en causas más o menos lejanas en el tiempo o más o menos profundas en el pueblo vasco y en su historia. Pero el hecho es que eso es así. Feo asunto. Grave problema.

En una situación de anormalidad, los vascos han sido llamados a las urnas para elegir el Parlamento de su región, de su nacionalidad o como quiera llamársele. En las circunstancias actuales, la libertad política del voto se convierte casi en un sueño. Si ser de UCD es una heroicidad, votar en Euzkadi por un partido no separatista y no simpatizante del terrorismo es aproximadamente un acto heroico. El ejercicio del derecho al voto, que es en sí y por naturaleza un acto pacífico y civil, se ha convertido allí en una acción gallarda. Diré «gallarda» para no extremar los adjetivos. Es necesario contar con una abstención en las urnas que ya no será una abstención «técnica» ni podrá ser imputada a pereza o desentendimiento, sino al temor. Exagerando las cosas, el viejo lema de la plena madurez democrática: «Un hombre, un voto», podría convertirse en la propaganda extremosa en este otro lema: «Un héroe, un voto».

Así las cosas, el resultado de estas elecciones vascas tiene que resultar forzosamente engañoso y equivoco. Naturalmente, éste es otro triunfo del terrorismo. Incluso

en la administración de sus treguas, la ETA va ganando batallas. Y no es pequeña la de haber logrado que el pueblo vasco vote bajo presión, bajo coacción y, en algunos casos, bajo el miedo más o menos insuperable. No resulta fácil convencer a la gente de que se enfrente a las metralletas con un papel en la mano, blanco como una paloma. Lo menos que puede esperarse es que la paloma tiemble, azorada, porque el azor la estará vigilando. Ojalá que los electores tuviesen el instinto de las palomas, que se agrupan y apiñan en bandadas apretadas cuando ven al azor, y así se salvan, aunque dejen algunas en las garras del ave de rapiña.

Parece que esto está claro. Difícilmente estas elecciones vascas van a poder considerarse como elecciones libres. Pero de poco sirve ahora lamentar una circunstancia que no puede tener remedio de aquí al domingo próximo. El señor Rodríguez Sahagún, ministro de Defensa, ha confesado honestamente que el Gobierno ha cometido errores, y sería difícil negar que, efectivamente, ha cometido algunos errores graves en el tratamiento del tema de la autonomía vasca. Al fin y al cabo, no hay Gobierno que no yerre, y díganme ustedes de uno, errar es de humanos, y aunque tales errores hayan llegado a puntos poco disculpables, ya no vale llorar sobre la leche derramada. Tampoco el tema era fácil, sino más bien complejo e intrincado. Bien. El Gobierno lo ha hecho mal. Pero los vascos todavía lo pueden hacer bien. Tampoco es tan raro que a los españoles nos pidan que seamos un poco héroes. Y hay que reconocer que los políticos, en general, han sido claros en sus planteamientos electorales. La claridad de don Manuel Fraga es algo que se daba por descontado. La claridad de don Adolfo Suárez era absolutamente necesaria para que la UCD no se deteriorara gravemente como partido, no ya en el País Vasco, sino en el resto de España. Y cuando don Santiago Carrillo ha querido encontrar un parecido histórico a la opción electoral de Herri Batasuna ha recurrido a nombrar a la bestia negra del comunismo: el nazismo. Un punto de mayor confusión se encuentra en las palabras de unos u otros socialistas. Pero, como siempre, como siempre ahora y como siempre sucedió antes, en otras ocasiones históricas, la mayor confusión y el mayor desconcierto provienen de la actitud del PNV. Algunos nacionalistas vascos dicen que lo que sucede es que, fuera de Euzkadi, no les entendemos. Pero lo que no se les entiende es que hayan tomado como costumbre política la de afirmar sucesivamente una cosa y su contraria. Saber que quizás el destino del problema de Euzkadi está en su mayor parte entre las manos de los nacionalistas vascos es algo que hace temblar de incertidumbre. Porque todavía no nos han dicho claramente que son conscientes de su doble responsabilidad: la de tener en las manos el destino de su país y de su pueblo, y la de tener, por ello, entre las manos también un trozo irrenunciable del pueblo y del ser de España.

Hemos sacrificado muchas cosas y muchas vidas al criterio de buscar, a toda costa, una solución política —y no bélica, ni siquiera policial— al problema de la autonomía del País Vasco. Estamos quemando los últimos cartuchos políticos. La democracia se resuelve en votos. Confíemnos todavía en que los votos ganen la guerra.—Jaime CAMPANY.